

Desde las antípodas. Conversación con José Colmeiro

Entrevista realizada a JOSÉ COLMEIRO
Auckland University
por NURIA GODÓN-MARTÍNEZ
Florida Atlantic University

Esta entrevista forma parte de una serie realizada por los editores de *Transitions* a investigadores de diversa formación académica dentro del campo de los estudios comparados y culturales. Nuestra intención es contribuir en alguna medida a la creación de un diálogo sobre los distintos acercamientos



José Colmeiro

al estudio del área de las humanidades. Con este propósito, he tenido el placer de entrevistar a José Colmeiro, profesor de estudios hispánicos y encargado de la cátedra Príncipe de Asturias en la Universidad de Auckland, Nueva Zelanda. Colmeiro aboga por un acercamiento al campo de las humanidades desde una visión periférica, con la que amplía el marco del debate entre el sistema filológico vigente en la Academia española y el crítico hecho en los EEUU. Su apuesta nos dirige hacia la renovación de los estudios hispánicos atendiendo siempre a la investigación rigurosa que caracteriza a su prolífica obra.

La proximidad territorial y los movimientos migratorios influyen notablemente en el interés que unos países muestran hacia otros. En el caso franco-español, Francia acogió a muchos españoles a lo largo del siglo XX, hecho que ayudó a potenciar el interés de la cultura francesa hacia la española y viceversa. En el caso de EEUU, ¿a qué cree usted que se debe el creciente interés de la cultura anglosajona hacia la hispana?

Hay varias preguntas contenidas aquí. Creo que esta dinámica entre países, culturas y lenguas admite varias formas de acercamiento. Por una parte, como una mirada exotizante, en la tradición del orientalismo decimonónico y del imperialismo y neoimperialismo político, militar, económico y cultural, que va en una única dirección, jerárquica, imperialista, que construye e impone una relación de poder, y por lo tanto de dominación. Pero también se puede realizar como un cruce de miradas, que se traducen e influyen mutuamente y que producen hibridaciones culturales. El interés académico no es extraño a este paradigma. El auge de los estudios de área y el fuerte giro de interés hacia Latinoamérica por parte de la institución académica norteamericana, sobre todo a partir de

los años 80, tiene mucho que ver con la política internacional estadounidense, el programa neoliberal y los tratados de libre comercio... Pero por otro lado, hay posibilidad también de hallar miradas contrahegemónicas, que surgen del reconocimiento de la subalternidad, el postcolonialismo o el testimonio, como formas de respuesta alternativa a los centros de poder.

Desde la teoría lacaniana de los espejos, nos miramos en el espejo que constituye nuestro despertar al orden simbólico, con el lenguaje, y construimos nuestra identidad sobre la imagen del Otro. Es decir, necesitamos de la otredad para afirmar nuestra propia identidad. El orientalismo sería así la otra cara del eurocentrismo, que construye su yo en la proyección del Otro. Una otredad que puede también ser interna, y de hecho lo es casi siempre, como los locos, los enfermos, las minorías raciales, lingüísticas, étnicas o sexuales...

Por otro lado, tendríamos el concepto de “zona de contacto” de Louise Pratt y de los “border studies” o “Estudios fronterizos”, fomentados a partir de las teorías de la postcolonialidad y subalternidad, y de los estudios étnicos en la academia norteamericana, que representan una de las contribuciones más importantes de los estudios latinos a la teoría cultural anglosajona. Yo creo que la mirada norteamericana sobre Latinoamérica, y el mundo hispánico en general, es plural. Hay una historia de dominación, de tensiones e intervenciones imperialistas, pero también de zonas de contacto y de ricas hibridaciones. El enorme crecimiento de la población latina en las últimas décadas, el incremento de su innegable peso en la cultura estadounidense y la consiguiente *latinización* cultural de los EEUU están teniendo grandes consecuencias, hasta tal punto que los departamentos de Inglés en las universidades norteamericanas necesitan tener sus especialistas en Estudios Latinos!

Por eso subrayo la pluralidad, ya que una categorización absoluta sería un tanto maniquea, como todas las categorizaciones absolutas, ya que incluso en las relaciones de dominación hay posibilidad de influencias mutuas y de hibridaciones. En el concepto de *transculturación* de Fernando Ortiz, aplicado a la definición de la identidad cubana no como asimilación sino como mezcla e integración de las culturas africanas, antillanas y europeas, ya se recogía esa realidad.

Su trayectoria académica parte de España, lo lleva por varios países de Europa, a lo largo de EEUU y hoy en día lo sitúa en Nueva Zelanda, ¿cómo se experimenta la lejanía geográfica con respecto a España en relación a su campo de estudio?

Los que hemos vivido alejados de nuestra tierra de origen, y los gallegos tenemos una larga historia de emigraciones y exilios, repartidos como estamos por las cuatro esquinas del universo, somos muy conscientes de la realidad de la *trasculturación*. De hecho los gallegos conformaban uno de los polos de la identidad cubana a la que se refería Fernando Ortiz, y su discípulo Miguel Barnet lo supo desarrollar en forma de novela-testimonio, su novela titulada precisamente *Gallego*.

Yo creo que con la lejanía se gana en perspectiva, relatividad, ecuanimidad, empatía...

Es algo relacionado con esa sensación de que siempre eres de otro lugar, incluso cuando vuelves a tu lugar de origen, o a los lugares que has habitado durante una etapa de tu vida. La condición migratoria y exílica, más allá de los traumas históricos y personales que la hayan podido causar, y la dificultad de adaptarse a otra tierra, otra cultura, otra lengua, también proporciona otras compensaciones: la libertad, la apertura de horizontes, el descubrimiento de otras culturas, la oportunidad de rehacerse y reinventarse en otro lugar,

por mucho que cada uno de nosotros siempre viaja con sus fantasmas y sus obsesiones.

La sensación de extranjería para mi proporciona lucidez, claridad. Es una lejanía muy sana, y hoy en día gracias a la revolución tecnológica de las últimas décadas, la instantaneidad de las telecomunicaciones, el acceso a la información más remota, y la facilidad y velocidad de los transportes, la distancia y el tiempo son cada vez más relativos.

Yo personalmente me reconozco sobre todo en las ciudades en las que he vivido, estudiado y trabajado. Por lo tanto me siento gallego y me imagino en parte salmantino, en parte inglés, irlandés, suizo, neoyorquino, californiano, *new englander*, barcelonés, michigano, floridiano, *kiwi*... Como dice la canción “Galician Lullaby” de Narf (Fran Pérez): “Son galego da Arxentina, galego de Alemaña, galego de Cuba, de Suíza, de Holanda, de Canadá, galego na Galiza imaxinaria.”

En cuanto a mi carrera, quizás lo más irónico de mi trayectoria, en mis desplazamientos geográficos y académicos, es que he ido siempre a contracorriente. Empecé estudiando francés en el bachillerato en Vigo, me licencié en Filología Germánica (Inglés) en Salamanca, hice la maestría en Literatura Comparada en Nueva York, y el doctorado en Literaturas Hispánicas en California. Y ahora que me encuentro en Nueva Zelanda a cargo de la cátedra Príncipe de Asturias, estoy trabajando en el campo de los estudios gallegos ¡desde las auténticas antípodas! Será que siempre volvemos a la semilla... En realidad, siempre trabajamos en varios proyectos y nos movemos en varias direcciones a la vez, o al menos así me ocurrido siempre a mí. Es mi teoría de los cuatro fogones de la cocina guisando, cociendo y friendo a diferentes velocidades.... Pero más seriamente, creo que ahora puedo ver que en esa trayectoria ha habido una relación, que no es simplemente un azaroso fruto de la

casualidad, sino que responde a decisiones y deseos más o menos conscientes. La distancia espacial y cultural con tu cultura de origen, y el alejamiento temporal, ya que siempre vives en un tiempo de desfase, aviva la percepción de lo que eres y no eres, y la apreciación de lo que tienes y no tienes, así como el interés por entender tu relación con tu cultura, y cómo te ha construido. Y por eso, al final siempre volvemos a ese caldo en el fogón de atrás.

Siempre digo que cuando sales de tu país, es porque ya te habías ido, porque ya habías visto que allí no había sitio para ti, y necesitabas encontrar y encontrarte en otro lugar. Es algo triste para una persona, y trágico para un país, que así sea, pero España siempre ha sido una nación de emigrantes, por mucho que el espejismo de la burbuja de años recientes nos hubiera hecho pensar otra cosa. La necesidad de salir de mi país y buscar la vida en otra parte yo ya la viví hace 30 años, y no es una historia particularmente extraña...

Creo que por lo general vivir lejos te da una visión periférica de las cosas, que siempre es mucho más amplia, rica y completa que el ángulo estrecho de la visión central. Curiosamente, el libro en el que estoy trabajando en estos momentos se titula precisamente *Visiones periféricas*. Puedo decir que desde Nueva Zelanda, en la más absoluta periferia de la periferia, se ve con una enorme claridad, como agrandadas, las sombras y las luces que se emiten desde el otro lado de las antípodas.

Y en general dentro del campo académico, ¿cómo afecta esta lejanía a la hora de plantear una inmersión en los llamados estudios peninsulares, término que de por sí excluye a parte de los estudios enfocados en España?

A mí siempre me ha extrañado bastante la utilización del término de “estudios peninsulares” en la academia

norteamericana, que es doblemente falsa, ya que por una parte no incluye a la cultura portuguesa como parte de esa denominación geográfica, y por otra excluye a las culturas insulares y extrapeninsulares (Canarias, Baleares, Ceuta y Melilla). Además me parece poco conveniente porque se autoexcluye al excluir lo latinoamericano, como si fueran disciplinas que no tuvieran nada que ver entre ellas. Por eso prefiero hablar de estudios culturales hispánicos. Pero más allá de ese debate terminológico y disciplinario, vuelvo a la pregunta...

En realidad desde el punto de vista académico se trata de una lejanía doble, porque en realidad hay un doble “centro”, o quizás más bien un doble sistema paralelo. Uno sería teóricamente centrado en España, el otro en los EEUU y la academia anglosajona en general. O sea que yo, por mi trayectoria, me encuentro en una doble relación de lejanía y periferia con respecto al centro, o a los centros, lo cual me parece muy saludable. Esa misma lejanía con respecto al centro me parece que da una gran libertad y claridad de ideas, y algunos debates se ven con otra perspectiva más abierta.

Así que, por una parte tendríamos el campo académico de los “estudios peninsulares” realizados en España, que resulta todavía un tanto aislado y desfasado con respecto a lo que ocurre fuera, y va a remolque en cuanto a renovación teórica y crítica. En mi opinión, una de las fundamentales paradojas de nuestro campo es que el centro estaría “naturalmente” en España, pero en realidad se ha desplazado a los EEUU y a la academia anglosajona, de manera muy clara en los últimos 30 años. Esto sería en parte resultado de la relativa esclerosis y falta de innovación de la universidad española en general, y de las humanidades en particular –y por lo tanto de falta de prestigio e influencia– debido a causas históricas que se

han vuelto crónicas: por falta de recursos, una estructura burocrática y jerárquica anquilosada, y desinterés por lo que ocurre más allá de sus fronteras, todas ellas características sistémicas que se remontan a décadas, cuando no siglos, aunque fueron agudizadas con la purga y fuga de cerebros republicana y la retrógrada cultura académica del franquismo, cuyo legado todavía es notable en múltiples aspectos.

Por otro lado, tenemos el centro de la academia anglosajona, principalmente los EEUU y su influencia en otros ámbitos angloparlantes, que representa la verdadera hegemonía dentro de los estudios hispánicos (esto creo que también es cierto en lo que respecta a los estudios latinoamericanos). Manuel Vázquez Montalbán ya lo decía en su momento, que el canon de los estudios hispánicos es aquello que los departamentos de Español de EEUU deciden que se debe leer, enseñar e investigar, y creo que tenía toda la razón. Su preponderancia como centro se debería también a la pujanza del propio mundo académico estadounidense, a su importancia como centro de formación de futuros académicos, muchos de ellos provenientes de España, y su enorme influencia en el resto del mundo académico, empezando lógicamente por el anglosajón.

Otro problema adicional es que la estructura filológica de la universidad española se aplica también al campo de los “estudios peninsulares”, con la centralidad de la lengua como criterio organizativo, por lo que no hay apenas porosidad entre estudios castellanos, gallegos, catalanes, vascos, etc. y muy poca interdisciplinariedad académica. Resultado de este paralelo, es un cada vez más notable divorcio que los avances y desarrollos, la flexibilidad de la academia anglosajona, y la esclerótica y cerrada estructura académica española no han hecho más que agudizar.

Por otra parte, la situación de los “estudios peninsulares”

en la academia norteamericana está experimentado su propia crisis. La debatida crisis del hispanismo creo que obedece en buena medida a intereses espurios, inventada por administradores y por sectores de académicos críticos con el hispanismo tradicional, que en la busca de soluciones a tal crisis consiguen estirar sus propias carreras o intentan defender su propia parcela territorial. Yo creo que la supuesta falta de relevancia de nuestro campo es muy relativa. Es cierto que ha habido un auge de los estudios latinoamericanos, y una caída en picado de los estudios filológicos y formalistas tradicionales, pero ha habido también un boom de estudios transatlánticos, de estudios periféricos de las culturas no castellanoparlantes, y de nuevos enfoques sobre cine, género, memoria, exilio, migraciones y globalización en los últimos años que señalan un campo muy activo y atractivo. Aparte de que, como destino para estudios académicos en el extranjero, no creo que haya ningún lugar no angloparlante en el mundo que consiga atraer a mayor número de estudiantes.

En este sentido, llama la atención en la actualidad el estéril debate sobre los Estudios Ibéricos en los EEUU, con el agónico existencialismo de si existen o no existen los estudios ibéricos y si existe o no existe Iberia. Da la impresión de que algunos están ahora descubriendo el Mediterráneo. Me parece que tiene algo de discusión bizantina sobre el sexo de los ángeles, especialmente con la perspectiva de distancia que me da mi posición antipódica. El estar alejado de los centros te permite ver con mayor claridad sus limitaciones y, francamente, su cortedad de miras. Por ejemplo, la necesidad de ampliar el ángulo de visión y empezar a contemplar los estudios hispánicos desde un marco más amplio transpacífico, especialmente en la era global en la que nos movemos. El gran problema, como siempre, es que *los grandes centros no*

saben lo que ocurre en las periferias, pero es básicamente un problema de ceguera del centro, las periferias sí saben lo que ocurre en el centro. Por eso reivindico la visión periférica como la visión más completa y enriquecedora.

Pensando en el estudio de la literatura europea enseñada en otros continentes bajo literatura extranjera, ¿qué implicaciones cree que tiene, la tendencia de muchas universidades a cambiar el nombre de departamentos de Lenguas y Literaturas Modernas por el de Lenguas y Estudios Extranjeros? Y aquí me llama la atención muchísimo el nombre de su departamento.

Me parece una tendencia peligrosa. Creo que en una mayoría de los casos se trata de estrategias administrativas por parte de las jerarquías universitarias, y no de decisiones nacidas de la discusión académica y el debate intelectual. En mi opinión responde a un doble impulso que es sintomático de una situación de crisis de los modelos académicos humanistas tradicionales y de la *corporatización* o mercantilización de la academia que impone modelos economicistas desde arriba. En parte se debe a la tendencia hacia la internacionalización en el contexto de la globalización neoliberal, y que toda institución académica desea situarse al frente de dicha ola internacionalizadora, para atraer estudiantes, donantes, fondos gubernamentales, etc. En dicho contexto, todo lo que tenga imagen internacional vende... Por otra parte resulta preocupante el intento de marginalizar los estudios literarios, que desde la óptica corporativa neoliberal emulada por las jerarquías universitarias ya no interesan, por representar posiciones críticas mayoritariamente en contra de las políticas neoliberales, para así reducir los departamentos básicamente a programas de lenguas y de estudios en el extranjero, y neutralizar su función de pensamiento crítico.

En cuanto a mi departamento actual, está también en proceso de transformación, y obedece a las mismas razones: son estrategias de la administración que apenas ocultan la imposición de un modelo economicista, basado en un supuesto mejor reparto de recursos, y un más eficiente control administrativo, lo que se traduce en reducción de número de profesores y personal administrativo, y el aumento de los beneficios para una cúpula de administradores y burócratas académicos. Hasta el momento presente éramos una Escuela de Lenguas y Literaturas Europeas (SELL), que había sido el resultado de la amalgama de varios departamentos y programas (Español, Francés, Italiano, Ruso y Alemán, además de Literatura Comparada, Estudios Europeos y Traducción). A partir del próximo año nos integramos dentro de una macroescuela de nueva creación: la Escuela de Culturas, Lenguas y Lingüística, que amalgama la anterior (SELL), junto con la Escuela de Estudios Asiáticos y los programas de Lingüística y Lingüística Aplicada. La especificidad de nuestras disciplinas queda así un tanto ensombrecida, y reducida a un apéndice de estudios o servicios aplicados. Creo que es otro problema de ceguera administrativa, pero no sé si es ya una batalla perdida. Dentro de este panorama general un tanto gris hemos conseguido, al menos, que se mantenga una cierta autonomía en las áreas disciplinarias y que el concepto de culturas quede reflejado en la nueva nomenclatura de la Escuela.

Por otro lado, ciertos intentos de rebautizar los programas de Español en las universidades norteamericanas me parecen que no han sido fructíferos. Así, el sonado experimento fallido de Stanford con el nuevo programa de Iberian Studies, que los estudiantes no saben qué es, y por otro lado no encuentran dónde se estudia español en la universidad. Esto me parece que es un grave error estratégico que también produce

invisibilidad, lo cual resulta inconcebible teniendo en cuenta que el español es cada vez menos una lengua extranjera en los EE.UU, y especialmente en lugares como California. Esto es así hasta tal punto que los problemas y retos de un departamento de Español se parecen más a un departamento de Inglés, que a uno de otras lenguas extranjeras, que deben competir por estudiantes, luchar por mantener sus programas, etc.

La música constituye una seña de identidad cultural capaz de borrar y restablecer nuevas fronteras nacionales. Pienso en la música celta que aún a Irlanda, parte de Francia y España. Los sentimientos de hermandad surgidos de esta tríada se sitúan a medio camino entre lo local y lo global. Sin embargo, ¿cómo cree que se sitúan frente al resto de estilos musicales desarrollados dentro de las fronteras políticas de sus correspondientes países?

Sí, efectivamente la música es un vehículo de formación y transmisión cultural de primera línea y por ello se sitúa en un permanente movimiento entre lo local y lo global.

La música tiene una cualidad especial, que sirve como instrumento de identificación cultural de grupos étnicos, nacionales, etc. y que al mismo tiempo viaja con gran facilidad por su enorme ductilidad. Por ello *la música es un instrumento* de formación de identidad colectiva, y es al mismo tiempo un vínculo entre culturas, porque la música no conoce fronteras. La música tiene raíces pero viaja libre, y fruto de esos viajes se producen descubrimientos, intercambios e hibridaciones.

Esto siempre ha sido así, no hay más que ver la historia de la música popular gallega, tan instantáneamente reconocible e inconfundible, pero que tiene tantas influencias: del canto

gregoriano, de la música bretona, irlandesa y escocesa, de la jota y de la polka, de la música portuguesa y española, y por supuesto de la música latinoamericana. Y a su vez la música gallega se puede escuchar en Los Angeles, La Habana, Bruselas, Sidney, Barcelona o Buenos Aires.

En nuestra era global, esta situación se ha intensificado enormemente. Resulta muy interesante en este sentido la manera en que el nuevo marco económico y tecnológico de la globalización ha promovido y posibilitado gran variedad de intercambios y colaboraciones en el campo musical, que han logrado admirables resultados culturales y artísticos, además de cuantiosos beneficios económicos. Un caso sintomático de esta nueva realidad es el surgimiento de la “música del mundo” o *world music*, como etiqueta comercial creada por las casas discográficas para la difusión de la música de las periferias en los centros de consumo. En algunos casos se han dado ejemplos muy enriquecedores en ambos sentidos, pensemos en el “descubrimiento” en los últimos años por parte del centro de grandes talentos periféricos como Cesária Évora, Buena Vista Social Club, Bebo Valdés, etc. promovidos desde el centro. Independientemente de las asimetrías de la globalización, de las desigualdades y dificultades de acceso a las tecnologías y a los bienes de consumo por parte de grandes partes de la población –problemáticas muy reales, no se trata aquí de romantizar el programa neoliberal y la dictadura de los mercados– hay ahí unas nuevas plataformas para poder comunicarse y poder intercambiar valores culturales, que posibilitan la apertura de nuevos horizontes. Por otro lado, la revolución digital, los avances de la telecomunicación, la distribución electrónica por internet, que son también parte de la globalización, permiten también nuevas formas de comunicación musical y de autogestión, de manera más

directa y alternativa. La actual crisis de la industria musical responde a la aparición de unas nuevas coordenadas de uso y comunicación social, provocadas por esos enormes avances en la tecnología, a las que la industria no ha sido todavía capaz de adaptarse. Parece que siempre acabamos hablando de alguna crisis....

Pero efectivamente, uno de los resultados de este cruce entre lo local y lo global es esa “hermandad” musical transnacional de la que hablas, que me remite inmediatamente a esa “irmandade das estrelas” de Carlos Núñez y sus 50 amigos invitados en su primer disco de ese mismo título, bajo el apadrinamiento del mítico grupo irlandés The Chieftains. Me parece un caso muy sintomático el de su integración dentro de un paradigma transnacional, el de la música con raíces celtas, por el que otros muchos músicos gallegos han transcurrido desde los años 70, empezando con los pioneros Milladoiro y Emilio Cao, que apareció bajo el apadrinamiento del arpista bretón Alan Stivell, y los grupos de los 80 como Luar na Lubre y Na Lúa, y la explosión de la música folk gallega de los 90 hasta la actualidad. Más allá de la idoneidad de la etiqueta que se le quiera poner, que siempre es debatible, esta “marca” sirve de tarjeta de viaje por el mundo y por lo tanto tiene un aspecto positivo para la música autóctona periférica dentro del panorama de la industria musical global, porque significa una posible forma de *desperiferialización*.

En el caso de la música gallega, también se ha producido otro interesante hermanamiento con la música de la lusofonía, de Portugal, Brasil, Capo Verde, Mozambique, tal es el caso de Uxía con Julio Pereira, Batuko Bataka y tantos otros, Carlos Núñez y su *Alborada do Brasil*, o Narf y Manecas Costa. A mí me parece que estos contactos interperiféricos, saltándose la hegemonía de los centros, pueden tener resultados enormemente enriquecedores y que permiten la reconexión

entre culturas afines. También me parece muy positivo que haya hermanamientos musicales entre los diversos pueblos ibéricos: Julio Pereira y Kepa Junquera, Uxía y Maria del Mar Bonet, Antón Reixa y el rock radical vasco, Sabina y Serrat, por poner algunos ejemplos. ¡Y debería haber muchos más! Creo que esto es un aspecto muy valioso de la España de la Transición, con el fenómeno de los cantautores ibéricos y la celebración de la diferencia lingüística y cultural, que lamentablemente se ha ido perdiendo. Se debería tratar de recuperar esa complicidad, individual y colectiva, y ejercitar esa facultad de escucharse mutuamente, especialmente en estos tiempos de sorderas nacionalistas mutuas.

En general, creo que toda música popular o folk, si está viva de verdad, tiene la facultad de dialogar con el mundo a su alrededor y con otras músicas de su entorno. La mezcla de gaitas y rock and roll, que hace 30 años sonaba a experimento imposible, hoy es una realidad más que reconocida, porque responde a una realidad cultural, ahí tenemos el ejemplo de Os resentidos o Siniestro Total, o esa explosión de creatividad *agropunk* que fue el *rock bravú*, que llevó las guitarras eléctricas al monte, y las reivindicaciones rurales a la televisión en un ejemplo de la transformación de lo *glocal* y lo *rurbano*. Y en la actualidad, lo que están haciendo de manera revolucionaria gente como Mercedes Peón con la música electrónica y la música de raíces, y Cristina Pato, mezclando la gaita gallega con el cello de YoYo Ma y otras músicas étnicas orientales, como parte de la Silk Road band. En este sentido, me parece digno de señalar que las únicas dos músicas autóctonas ibéricas que han sido capaces de trascender sus fronteras y dialogar exitosamente con la música de otros países, desde la periferia, han sido la música gallega y asturiana, a través sobre todo del mundo de la música celta (Carlos Núñez y Hevia son los ejemplos más obvios), y el flamenco sobre todo como

sonido de fusión latina (caso del multiplatino éxito de José Cigala y Bebo Valdés, por ejemplo).

Los estudios culturales, procedentes de Inglaterra, tienen grandes defensores allí, en Nueva Zelanda y EEUU. Aunque han sabido expandirse y desarrollarse en muchos países del mundo, también han encontrado adversarios. De hecho, en España y en Francia hay un alto número de académicos que comparten las reticencias de críticos como Harold Bloom hacia la manera en la que los estudios culturales, dado su carácter abarcador, se acercan al cine o a la literatura. ¿De qué manera puede contribuir un acercamiento partiendo de los estudios culturales al tema de la sexualidad en la literatura y/o en el cine?

La indeterminación disciplinaria de los estudios culturales, en la cual radica su propia interdisciplinareidad, es parte de su atractivo intelectual, porque en ella va implícita la crítica y revisión de las disciplinas tradicionales. Su maleabilidad a las coyunturas cambiantes del presente es otra característica adicional que la hace necesaria y pertinente, porque viene a resolver, al menos en parte, muchas de las dificultades y limitaciones de los programas académicos tradicionales. Por eso pienso que las limitaciones de los estudios culturales, en cuanto a una posible disolución del objeto de estudio en favor de una mayor apertura disciplinaria, compensan con creces los inconvenientes mucho mayores de los programas tradicionales, que en nuestro campo enfatizan lo filológico, y que resultan excluyentes e insulares por el valor incuestionable central que se aplica a la unidad indisoluble de lengua y literatura. Lo que creo que no tiene mucho futuro es el estudio filológico clásico en sí, desvinculado de su contexto histórico y cultural.

Las reticencias ante la ascendencia de los estudios culturales suelen proceder en la mayoría de los casos de aquellos sectores que sienten amenazados o debilitados sus territorios, o que sienten nostalgia por los estudios clásicos ante la deconstrucción de los cánones académicos promovida por los estudios culturales, que sería la posición de gente como Harold Bloom, que siente amenazado el tradicional protagonismo del hombre blanco occidental y heterosexual en los estudios académicos.

El ascenso de las áreas interdisciplinarias, y los estudios culturales, con el feminismo, el postestructuralismo y el postcolonialismo, los estudios gays y lésbicos, entre otros, han sido los auténticos motores que han propulsado el campo de las humanidades, incluidos los estudios peninsulares, en las últimas dos décadas en las academias anglosajonas. Y eso ha ocurrido también en la academia australiana y neozelandesa, en donde los estudios culturales siempre han tenido una fuerte base. En ese sentido, me he encontrado con un panorama muy fresco en las antípodas. Tanto en Australia como en Nueva Zelanda, los estudios hispánicos peninsulares se mueven en la órbita de los estudios culturales con una gran amplitud de miras. El establecimiento de la cátedra Príncipe de Asturias en la Universidad de Auckland responde a esa misma realidad. De hecho, todos los nuevos cursos que hemos creado en el departamento en los últimos 3 años desde que yo llegué, han sido cursos de estudios culturales de alcance transatlántico, con énfasis en la formación de las identidades políticas, étnicas y sexuales. Los estudios de género y sexualidad, tanto en el cine como la literatura, que han promovido los estudios culturales, resultan a estas alturas verdaderamente imprescindibles. ¿Cómo podríamos estudiar a Lorca, Almodóvar, Teresa Moure o Lucía Etxebarria sin ellos? Sin embargo, todas estas áreas todavía resultan algo

marginales en los estudios peninsulares realizados en España, precisamente por la dependencia disciplinaria de los modelos tradicionales.

En los últimos años se ha cuestionado el término *Queer* aplicado a sociedades no anglosajonas. ¿Considera que la aplicación de este término a estudios franco-españoles puede resultar de alguna manera reduccionista?

En teoría me parece perfectamente aceptable utilizar el término *queer*, si se presta al campo de estudio y resulta de utilidad práctica, puesto que se reconoce que tiene ya una historia crítica significativa y un lugar en el discurso académico anglosajón dentro de los “Gay and Lesbian Studies”. Creo que tiene tanta validez como el término *gay*, que es de utilización universal y nadie cuestiona. Habría que ver los “estudios queer” y los “Estudios gay y lesbianos” dentro del panorama contemporáneo de los estudios culturales y la proliferación de todo tipo de “estudios” sobre las identidades culturales (queer studies, pero también gender studies, womens studies, disability studies, memory studies, masculinity studies, etc), que poco a poco van encontrando huecos en el ámbito académico hispánico y hay que darles un nombre nuevo. Claro que no estoy proponiendo aquí el Spanglish como lenguaje discursivo, pero debemos admitir las hibridaciones y los préstamos que resultan de habitar un espacio compartido, una zona de contacto. Trabajamos efectivamente dentro de una zona de contacto, como hispanistas, peninsularistas, iberistas, o como queramos llamarnos en el futuro, dentro de una sociedad académica anglosajona que hace de bisagra con el mundo hispánico.

No creo que haya que obsesionarse en ser castizos y puros,

ni en el uso del lenguaje ni en las categorías utilizadas. Por ello no me parece que la aplicación del término *queer* pueda resultar reduccionista, si no se emplea como una única categoría totalizadora de pensamiento, sino como parte de una nueva gramática en la que tienen cabidas diversas modalidades. Es difícil encontrar un equivalente en español, y por eso se ha preferido muchas veces utilizar el término *queer* tal cual, pero también creo que es importante hacer un esfuerzo por adecuar los planteamientos teóricos a la realidad y al contexto cultural. La teoría de la traducción ahora en alza nos puede servir, de manera simbólica, para entender que se trata de un proceso de traducción, es decir, un proceso de adaptación de los códigos a otra realidad cultural, no simplemente a otra lengua. Algunos críticos se han referido así a una *teoría torcida*, como las sugestivas “lecturas torcidas” de Alfredo Martínez Espósito, realizadas precisamente desde las antípodas australianas. Por otra parte, creo que la teorización sobre la “pluma”, como ha sido desarrollada en el discurso crítico hispánico, representa también un contrapeso muy atractivo. Yo por mi parte he propuesto la noción de una *escritura* y óptica maricona en un estudio sobre la obra de Eduardo Mendicutti, porque creo que ese término mantiene la garra y el desafío provocador del uso original del término *queer* utilizado por los críticos anglosajones, pero adaptado a la idiosincrasia y lenguaje del español, es decir, traducido culturalmente. Ello se lleva a cabo por medio de la reapropiación del lenguaje, con ese mismo efecto de introducir un cambio semántico en el lenguaje de la tribu y devolver la pelota al otro tejado, lo que podríamos denominar teóricamente como un efecto de *boomerang discursivo*, para situarnos alternativamente en una posición antipódica.